

EL PENULTIMO TANGO EN PERPIÑAN

UN amigo de Guillermo Luis Díaz-Plaja entra en un taxi armado con un portafolios. El taxista le mira repetidamente el portafolios y por fin pregunta:

—¿Es usted gestor?

—No.

—Es que necesito un gestor.

—¿Va a comprarse un taxi?

—No. Es que quiero sacar el pasaporte.

—¿Se va a trabajar al extranjero?

—No. Quiero ir con mi señora a Perpiñán. Dicen que hacen una película muy verde.

Hasta ahora se sabía que cada sábado y domingo se dan en Perpiñán hasta seis pases de *El último tango en París* y que la clientela casi exclusiva de esos pases son gentes de las cuatro provincias catalanas, agolpadas ante las puertas del cine Perpiñán. Inútil que en el cine gemelo situado junto al Perpiñán se proyecte una película del aburridísimo «porno» francés, titulada *Justine*. La gente sabe a lo que va: *El último tango en París*.

Pero no sólo es cosa de sábados y fiestas de guardar.

Por transmisión oral, como en la Edad Media, las gentes se han comunicado y conocen las dificultades de los fines de semana. Se calculan horarios, presupuestos, disponibilidades y durante toda la semana en coche, en autocar, en tren, centenares de súbditos españoles cruzan la frontera de La Junquera para ver el film de Bertolucci.

Un miércoles cualquiera

Un miércoles cualquiera, la acera situada junto al cine Perpiñán parece una acera barcelonesa. Las matriculas hablan claro: Barcelona, Gerona, Lérida, alguna zaragozana, alguna madrileña. A la hora justa en que se abre la sesión de noche se forman colas inquietas, recelosas de que las

dimensiones del cine no sean suficientes para absorberlas. En un día normal se dan tres pases de la película. Nunca falta gente. El público nativo escasea y se sumerge sorprendido en la masa invasora ibérica. Hay franceses que van a ver *El último tango...* para contemplar de cerca el espectáculo de tanto español fugitivo del proteccionismo moral.

Recientemente, el responsable de la censura francesa se sometió a un careo con los entrevistadores de *L'Express*. El hombre, representante de un Gobierno conservador y evidentemente reaccionario, explicó una concepción de la censura que a mí, «tuareg» de la Historia, me pareció digna de entronización en nuestros altares. Decía el alto funcionario que ante un ejemplo como *El último tango en París* era cuando

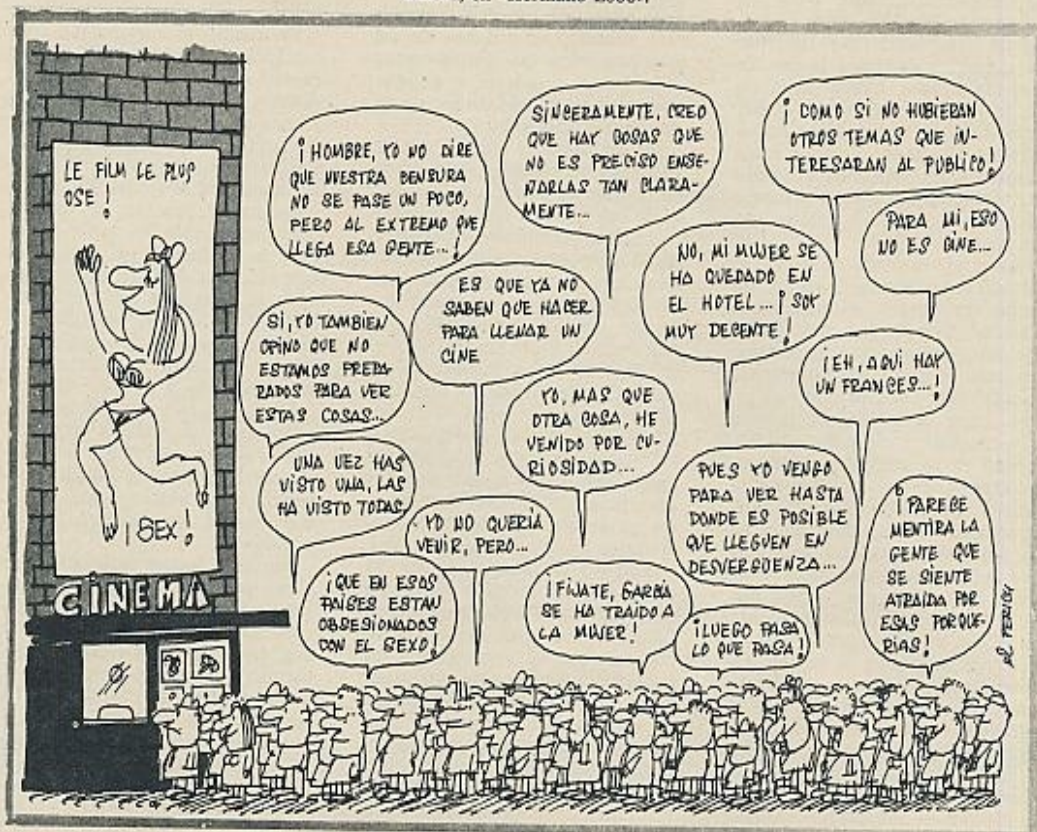
se ponía a prueba la función de la censura. Ante el indudable valor artístico de la película, ¿debía pasar a primer plano un criterio proteccionista de la moralidad del público? Finalmente, los funcionarios de la censura habían decidido confiar en la madurez del público francés. La experiencia ha sido interesante porque nadie sabe que como consecuencia de la proyección de *El último tango en París* haya decrecido lo que llamamos moralidad pública, ni siquiera que se baile más el tango. Estadísticas «underground» aseguran que ha aumentado el consumo de mantequilla, en relación con una especialísima escena del film. Pero no hay mal que por bien no venga y bueno es favorecer los intereses de la industria lechera nacional.

El *Último tango en París* ha

bría pasado a la historia como una buena película más, como una gran interpretación de Brando, como un hito en el intento de que el arte plasme con sus reglas las reglas de las alcobas, etcétera. Pero en esa historicación normal se ha entrometido el sufrido íbero. Las fronteras se abren y legiones ibéricas se apoderan de Perpiñán. Los más van directamente a por lo de la mantequilla, pero algunos tienen tiempo de tomarse una buena cena a la francesa con un correctísimo vino de Borgoña (un Chablis o, por qué no, un Pommard o un Meursault) y de comprarse el *Lui* sin necesidad de que abran la boca, porque el quiosquero ya les adivina de lejos la intencionalidad, e incluso la nacionalidad.

Un miércoles cualquiera, a las nueve de la noche. En la cola, fa-

Perich, en «Hermano Lobo».





milias enteras: el papá, la mamá, la chica casadera, a veces el novio, la tía soltera. Una familia española que va a adentrarse en los misterios de la vida. Una auténtica voluntad de superación. Han superado tabúes personales e históricos, han superado incluso el tabú geográfico de la frontera, el tabú de la carta verde, el tabú del cambio de moneda. Y ya están dispuestos para el «libertinaje» visual. Muy lejos, las voces de los profesionales de la censura en España, tal vez a estas horas, claman en el desierto: ¡No! ¡No busquéis el pecado si nosotros os lo hemos prohibido!

¿Reacción de este público ante la película? Hacen un balance final y consideran que el precio de la gasolina, de la carta verde, de la cena, de la entrada, no queda compensado por las cuatro escenas escabrosas del film. El resto de la película les suena a arte y ensayo. Sí, sí, reconocen, Marlon Brando está genial, pero... Y a mí esta reacción me parece tan genial como la interpretación de Brando.

Una reacción contenida

Es decir. Me parece una reacción contenida. El público ibérico no sale del cine en estampida dispuesto a comprarse una pastilla

de mantequilla o a buscar apartamentos deshabitados donde encontrar un plan a lo loco. Sale del cine y comenta: «No hay para tanto». Y es cierto. No hay para tanto. No hay para tanto proteccionismo. Me parece un comentario maduro, sobre todo en un público que ha debido superar la exasperación de hora y media de proyección sin apenas entender ni jota del francés en sordina con el que han doblado a Brando.

Las expediciones continúan. El penúltimo tango de Perpiñán promete convertirse en un fenómeno a la disposición de sociólogos, psicólogos sociales y censores congénitos o no. De hecho, estamos dando el espectáculo ante un público francés entre sorprendido y regocijado por el apetito ibérico. Pero quien a hierro mata a hierro muere. Yo he visto a franceses y francesas muy nerviosos, nerviosísimos, ante un espectáculo de *living sex* en Amsterdam. Y es que la censura francesa protege a su pueblo del espectáculo del *living sex*, aunque sea el aburrido *living sex* a la holandesa.

Y es lógico. Si a uno le tratan como a un tonto es muy probable no sólo que se comporte como un tonto, sino que termine siendo un tonto. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

P

POTENS

arte y técnica
de la
industria relojera
suiza